

El genio económico en perspectiva histórica: la gran búsqueda de Sylvia Nasar

José M. Domínguez Martínez

Resumen: En este artículo se ofrece una síntesis de la obra de Sylvia Nasar “La gran búsqueda”, en la que se destacan las grandes contribuciones de los principales economistas, desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días, para tratar de mejorar el bienestar de la sociedad. La obra, cuyo enfoque se aparta de los cánones de los textos académicos, aporta aspectos enriquecedores e ilustrativos del contexto económico y social en el que trabajaron los economistas, y constituye una pieza valiosa para calibrar el papel desempeñado por la profesión económica en el devenir de la humanidad a lo largo de los últimos doscientos años.

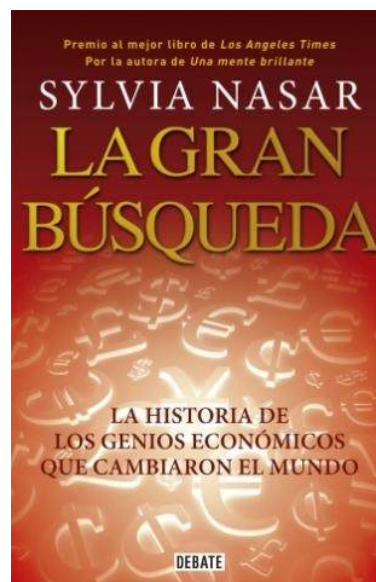
Palabras clave: Pensamiento económico; Grandes economistas; Sylvia Nasar; «La gran búsqueda».

Códigos JEL: B10; B20; B30.

Los últimos años vienen marcando una época de descrédito de la Economía como profesión, convertida en el centro de ácidas críticas por su incapacidad para prevenir el descalabro económico y financiero desencadenado en 2008, de rotundas imputaciones por su aparentemente perversa contribución a la pérdida de valores éticos y al emponzoñamiento de que lo que, antes de su irrupción formal hace ya casi dos siglos y medio, se consideraba era la «buena vida»; también estos años son testigos de controversias interminables acerca de las medidas adecuadas para recuperar la estabilidad económica.

Encontrarse con un libro dedicado a ilustrar y documentar la ardua senda de los economistas para tratar de buscar las mejores fórmulas con las que poder satisfacer las necesidades humanas y elevar el bienestar social es algo ya en sí mismo digno de atención y aprecio. Aún más, si la aportación procede de alguien que, no obstante haber adquirido formación especializada en el campo económico, se ha desenvuelto esencialmente en el mundo del periodismo y la docencia en un centro universitario de esta última titulación. Sylvia Nasar, la autora de la obra en cuestión («La gran búsqueda. Una historia de la economía», Debate, Barcelona, 2012), saltó a la fama a raíz del éxito cinematográfico de la adaptación de la biografía de John Nash («Una mente maravillosa») escrita por ella.

Quizás sólo alguien que cuente con semejante aval es capaz de embarcarse, en la coyuntura descrita, en la aventura de relatar y poner en valor las aportaciones de los grandes economistas a lo largo de la historia, y de hacerse un hueco en un mercado editorial plagado de títulos que no se esfuerzan en disimular el desencanto, cuando no la ira, hacia los economistas.



No se sabe si ese estado de opinión lleno de resentimiento hacia estos últimos ha podido tener alguna influencia en la extraña adaptación del subtítulo original de la obra, que ha llevado a cambiar «The story of economic genius» por una expresión mucho más aséptica y menos comprometida como lo es «Una historia de la economía».

Sin embargo, es aquella la verdadera motivación de la autora, poner de relieve las valiosas e ingeniosas aportaciones de personas que tuvieron un papel crucial a la hora de convertir la Economía en un instrumento de conocimiento útil para la sociedad. No se trata de una historia del pensamiento económico al uso, en la que el lector puede esperar encontrar un detalle lineal de la vida y la obra de los diferentes personajes, sino de un compendio de la evolución de las ideas económicas a partir del

contexto social de cada época. Con evidentes dotes de comunicadora sugerente y efectista, haciendo gala de su experiencia periodística y de su formación literaria, Sylvia Nasar ha escrito una especie de crónica de los esfuerzos de los economistas por hallar una solución a los problemas de su tiempo. El resultado es eso, una crónica, una esplendorosa, documentada y clarificadora crónica, a la vez llena de complejidad y de vaivenes históricos, de idas y venidas, en su entramado.

El texto resultante destila un dominio de los conceptos básicos de la teoría económica, utilizados sin alardes para enfrentar al lector con los problemas con los que se topaban los protagonistas, hábilmente expuestos en un marco social y político cambiante y sujeto a tremendas convulsiones. En los distintos capítulos nos encontramos también con curiosos aspectos de la vida privada de los economistas estudiados e incluso de la intrahistoria, de gran utilidad para las siempre saludables desmitificaciones de individuos y sistemas. Siguiendo de algún modo el estilo impuesto en numerosas novelas contemporáneas que huyen de planteamientos sistemáticos, tan del gusto de personas con mentalidad cartesiana, la autora somete al lector a una tensión permanente de movimientos «forward» y «backward». A pesar de ello, cual si presentara una obra teatral, divide el texto en tres actos: esperanza, miedo y confianza.

Antes de alzar el telón que nos permitirá asistir a una función prodigiosa, la narradora coloca ante nuestros ojos una reflexión sobre una cuestión ciertamente relevante: la idea de que la humanidad puede controlar sus circunstancias materiales y vencer así la penuria económica es tan nueva que la escritora Jane Austen (nacida un año antes de la publicación, en 1776, de la obra que vino a certificar el nacimiento de la Economía, «La Riqueza de las Naciones», de Adam Smith) nunca llegó a plantearse. También nos aporta alguna información que cuestiona la popular acusación del impacto negativo del desarrollo de la ciencia económica sobre el bienestar del pueblo. Por aquella época, las condiciones de vida de un inglés típico, jornalero agrícola, no eran mucho mejores que las de un esclavo romano.

Una vez que se alza el telón, nos encontramos con otra sorpresa: los primeros en salir a escena son Engels y Marx, quienes «se habían esforzado en dejar atrás el dogma protestante, pero estaban convencidos de que el hundimiento económico y la revolución violenta que predicaban eran un futuro inevitable,

por no decir predestinado». La toma de conciencia, inicialmente por Engels, del papel de los factores económicos, hasta entonces subestimados o ignorados por los historiadores, en el desarrollo del mundo moderno fue crucial en la elaboración de la doctrina marxista. Ambos llegaron a la convicción de que debían usar los principios de la economía política para desmontar la «religión del dinero» que reinaba en Inglaterra. Este país disponía de una gran capacidad productiva, pero sufría un fallo en su mecanismo distributivo que ocasionaría el derrumbe del sistema, en un proceso de corte apocalíptico. Marx se centró en una gran cuestión: en qué medida podía mejorar el nivel de vida en un sistema basado en la competencia y la propiedad privada. Estaba convencido de que no era factible, pero tenía ante sí el reto de demostrarlo. Ya en el «Manifiesto Comunista» esbozó dos motivos del mal funcionamiento del capitalismo: cuanto más riqueza se creaba, más miserables eran las masas, y más extensas y violentas las crisis económicas y financieras. Para Marx, los ingresos de los propietarios no están justificados, toda vez que, según él, solamente puede crearse valor a partir del trabajo. Nasar ofrece algunos detalles de la vida del filósofo germano, como sus escasos contactos con el mundo de las fábricas y su irresistible propensión a la recepción de legados, a pesar de la exigencia de su abolición en el texto que le ha hecho más famoso. También recoge la opinión de Keynes, que, pese a los paralelismos que se trazan hoy día, consideraba que «El Capital» era un libro «no solo científicamente erróneo, sino sin interés o aplicación para el mundo moderno».

Al contrario que Marx, que había «delegado» el conocimiento de la realidad económica en la persona de Engels, Marshall dedicó mucho tiempo a visitar las zonas industriales, donde pudo captar directamente la visión de la penuria entre la riqueza. Pensaba que aplicar medidas basadas en una idea equivocada de las causas podría empeorar el problema. La causa principal de la pobreza eran los bajos salarios, pero ¿qué hacía que los salarios fuesen tan bajos? Para Marshall, la causa era la baja productividad, y en la medida en que la tecnología, la educación y las mejoras organizativas incrementaran la productividad, los ingresos de los trabajadores también subirían. Reducir la pobreza requería ampliar la producción y aumentar la eficiencia. Frente a otras visiones negativas acerca del papel de la empresa, Marshall consideraba que éste no era sólo generar beneficios para los propietarios sino también un buen nivel de vida para consumidores y

trabajadores. La mejora de la productividad era clave en ese propósito.

Aparte de relatarnos los desengaños amorosos sufridos, Sylvia Nasar dedica un extenso capítulo a la vida de una mujer que, pese a sus iniciales reticencias a las intervenciones estatales, jugó un papel significativo en la formulación del posteriormente conocido como Estado del bienestar, Beatrice Potter. En ese empeño tuvo gran importancia el hecho de haber contraído matrimonio con Sidney Webb, cerebro de la Sociedad Fabiana y defensor de un socialismo compatible con la propiedad privada.

Son muchos los economistas que hacen acto de presencia en el reparto de Nasar; hay muchos actores secundarios, pero son tres a los que la directora de escena otorga un papel estelar: Fisher, Schumpeter y Keynes. El primero de ellos construyó un modelo matemático del conjunto de la economía en el que cualquier elemento dependía de todos los demás. También tuvo un protagonismo clave en la clarificación del concepto de interés y sus análisis sobre la inflación y la deflación siguen siendo hoy referencia inexcusable. Llamó la atención acerca de la posibilidad de un instrumento para hacer frente al fenómeno de la inflación, el control de la oferta monetaria.

Por su parte, Schumpeter se afanó por encontrar una teoría de la evolución económica, asentando una proposición fundamental: lo importante no es lo que un país tiene, sino lo que hace con lo que tiene. La innovación, los empresarios y el crédito son los factores que impulsan el proceso de desarrollo económico. La innovación permanente es un rasgo distintivo del capitalismo, «el vendaval perenne de la destrucción creadora». Para el economista austríaco, el desarrollo depende principalmente de la iniciativa empresarial: «Aunque muchos amasaran grandes fortunas, los empresarios hacían más por la erradicación de la pobreza que cualquier gobierno o entidad benéfica». Para ello necesitan un entorno para prosperar, basado en la libertad de comercio y en una moneda estable, pero la clave para su supervivencia es la posibilidad de acceder a créditos baratos y abundantes. La clarividencia de su análisis económico y su reconocimiento actual como una de las grandes figuras de la Economía contrastan con sus errores al frente de las responsabilidades ministeriales que asumió y su errátil vida personal gobernada por la egolatría.

La transformación completa de la forma de concebir el sistema económico correspondió a un economista idolatrado en la actualidad, especialmente

ante la incapacidad gubernamental para superar una crisis económica e institucional que atenaza el devenir de una Unión Económica y Monetaria anquilosada. De forma un tanto paradójica, las recetas keynesianas son hoy día defendidas con entusiasmo por sectores de una orientación ideológica que el economista británico rechazaba categóricamente. Keynes insistió en que las medidas gubernamentales nunca afectan a un sector o grupo, sino que tienen efectos sobre todo el sistema. Su participación en el debate sobre las reparaciones de la Primera Guerra Mundial fue intensa; sus reflexiones continúan siendo hoy fuente de sabiduría e inspiración. Keynes sostenía que establecer unas reparaciones de guerra demasiado elevadas perjudicaría los intereses económicos británicos porque aumentaría la probabilidad de que Alemania repudiase la deuda. Los ecos de su argumentación sobre la importancia de reorganizar la economía con el fin de evitar guerras siguen impactando en el tímpano de la conciencia histórica colectiva.

Con grandes dosis de realismo, los efectos nocivos de la hiperinflación en la Viena de los años veinte del pasado siglo son mostrados en uno de los capítulos en los que reaparece Schumpeter. Dándole la vuelta a la argumentación de Marx, consideró que el ciclo económico era intrínsecamente benigno: las depresiones tienen como función expulsar a las empresas ineficaces. El cambio constante es, paradójicamente, necesario para la estabilidad económica. Mientras tanto, von Mises lanzó un amenazador ataque intelectual contra los defensores de la economía planificada. Según este economista liberal, en una economía planificada no hay suficientes datos para ajustar el número de incógnitas al de ecuaciones, por lo que no podrían calcularse los precios requeridos para equilibrar la oferta y la demanda. También argumentó cómo algunas medidas públicas bienintencionadas, como el control público de los alquileres, pueden acabar teniendo efectos negativos sobre aquellas personas a las que se pretende proteger.

El estudio de la vida de los grandes economistas ofrece elementos desalentadores, especialmente para quienes han dejado atrás la etapa juvenil, como el convencimiento de Schumpeter de que las auténticas aportaciones científicas han de lograrse antes de cumplir los treinta años, como, de hecho, ha ocurrido en casos muy significativos; el de Coase - curiosamente ni siquiera citado por Nasar - es uno de ellos, al fundamentar, a una temprana edad, las razones de la existencia de las empresas. También, sin embargo, encontramos anécdotas que pueden ayudar

a relativizar la dimensión sobrenatural de los genios o dan pie a reflexionar en torno a la extrañeza que nos causa cómo algunas cuestiones que hoy consideramos triviales pudieron encontrar hace años tanta resistencia: ¿cómo nadie podía ver algo tan evidente?, es una pregunta que oímos con frecuencia, pero con la ventaja del tiempo transcurrido. Hay que agradecer a Nasar que nos muestre también el lado humano de Keynes, quien, al acceder al puesto de director de una compañía de seguros, abogaba por que las compañías especializadas en seguros de vida «deberían tener una sola inversión, la cual debería cambiar cada día».

Frente a otros que quedaron cautivados por los aparentes logros del nuevo sistema económico, Keynes señaló que el milagro económico soviético era falso, al basarse en la explotación de los campesinos mediante una política de precios que llevó el país a la ruina. Con igual contundencia rechazaba la práctica del «laissez-faire», limitada a confiar el destino económico de la sociedad al automatismo del mercado sin ningún tipo de interferencia pública. Para él, el gran peligro del capitalismo no estaba en la desigualdad sino en la inestabilidad. Negaba de manera contundente que la recesión fuese un castigo inevitable por el derroche, la codicia y la imprudencia del pasado; más bien, era el resultado de sucesos fortuitos y de errores políticos. Concebía esa situación como la de una avería mecánica sufrida por la economía, que necesita, en tal caso, reparar la batería, el sistema de arranque, mediante una bajada del tipo de interés. Las depresiones podían superarse fomentando el gasto y desalentando el ahorro. La influencia alcanzada por la «revolución keynesiana» era tal que hasta Friedman llegó a compartir, en una primera etapa, los principios keynesianos.

Pese a la altura de sus conocimientos, ni Keynes ni Fisher -nos recuerda Nasar- habían sabido prever la Gran Depresión: algo faltaba en sus teorías. Fisher llegó a la conclusión de que la variable ausente era la deuda. Por su parte, Keynes, en su magna e influyente «Teoría General», puso de relieve que las políticas monetarias no surten efecto en las depresiones extremas. El gasto público se convierte en la única opción. En el otro lado del frente doctrinal, von Mises y Hayek abrían otra perspectiva para la explicación de las crisis económicas, la pésima asignación del capital derivada de una excesiva creación de dinero y de un bajo nivel de los tipos de interés. Por otro lado, el primero de ellos veía el Estado del bienestar como una especie de caballo de Troya que iría transformando paso a paso la economía de mercado en socialismo.

Ya en la recta final de su vida, Keynes tuvo un papel decisivo en la configuración del orden económico internacional de la posguerra. Fue un pilar esencial de la conferencia de Bretton Woods, celebrada en 1944 con los objetivos de reactivar el comercio mundial, estabilizar los mercados y resolver las deudas de guerra y la parálisis de los mercados crediticios. El sistema resultante, articulado en torno al Fondo Monetario Internacional, fue rechazado por la Unión Soviética, cuyos máximos dirigentes confiaban en la superioridad de su modelo económico y creían que la precariedad de los equilibrios entre las potencias occidentales abriría nuevos conflictos entre ellas. En Estados Unidos, la Economía como disciplina adquirió una creciente influencia y se convirtió en una materia de estudio obligatoria para los ingenieros, de la mano del influyente manual de Samuelson, difusor de los planteamientos keynesianos.

Como contrapunto de la posición de Keynes, Robinson encarnó la seducción de los economistas occidentales por la experiencia soviética, erigiéndose en una ardiente defensora del marxismo como arma eficaz contra las complicaciones de la economía del «laissez-faire». Con toda crudeza, Nasar recuerda que «mientras los Webb (que la habían precedido en los elogios al sistema soviético) viajaban en trenes especiales, Stalin estaba convirtiendo Ucrania en un gigantesco campo de concentración» y evoca los privilegios con los que las autoridades comunistas agasajaban a la economista británica.

Más adelante, a través de un sofisticado modelo, Solow fundamentó lo que ya había intuido Schumpeter: lo que determina el éxito o el fracaso económico a largo plazo de un país no son sus recursos, sino lo que se hace con esos recursos. Como contrapeso a la idolatría del crecimiento económico, Sen fue precursor en cuestionar el PIB como indicador de bienestar social, abogando por un índice de desarrollo humano.

Así, con protagonistas estelares, actores secundarios y un sinfín de figurantes va discurriendo la representación teatral que nos propone Sylvia Nasar, no exenta de altibajos pero sí impregnada de interés de principio a fin. Siempre es buen momento para buscar enseñanzas en los anaqueles de la historia. En fases de desconcierto como la que estamos viviendo, huérfanos de referencias y faltos de luces no engañosas que nos orienten, la obra de la profesora de la Universidad de Columbia es un valiosísimo elemento. Como ella destaca en el epílogo, la inteligencia económica es mucho más importante

para el éxito de un país que el territorio, la población, los recursos naturales o los avances tecnológicos. A pesar del sombrío panorama económico en el que estamos inmersos, no duda en trasladar un mensaje de confianza: «Las calamidades económicas han desencadenado siempre crisis de confianza, pero no han logrado anular la mejora acumulativa del nivel de vida medio... Los maniáticos de la autoridad... han intentado repetidamente, y siguen intentando, obviar las verdades económicas».

